

¿Por qué queremos lo que no se puede?

Todavía estaba oscuro cuando me despertó el fuerte viento y el ruido del agua que golpeaba el ventanal. Qué suerte no tener que salir de casa, me dije con cierta alegría.

Llevamos tantos días encerrados que me resultó una ironía alegrarme por no tener que salir. Pero, ¿acaso no era así? Por lo menos a las personas que no nos gusta caminar bajo la lluvia, esperar un colectivo saltando hacia atrás para no ser empapada por el coche que pasa pegado a la vereda, pelear por conseguir un taxi, correr a la boca del subte, disputar con quien viene portando un paraguas el pedacito de vereda pegada a la pared. Ni hablar del cruzar la calle inundada de charcos inmensos que nos fuerzan a buscar algún lugar de la cuadra por donde cruzar.

Nada de eso nos iría a pasar a la mayoría de las personas obligadas a quedarnos en casa. Sin embargo, el periodista a quien escuché al levantarme no parecía compartir mi “cierta alegría”; él informaba como todos los días. Y no era como todos los días, era un día distinto.

¿Qué nos impide disfrutar de algo que usualmente deseamos? La imposición, el mandato, transforma aquello que solemos ansiar en angustia, hartazgo, tristeza, o desesperación.

Sería bueno repasar todos los “cómo me gustaría ...” que decíamos antes, cuando aún no estábamos forzados a permanecer adentro.

Adela Costas